
EL SONIDO CONTRATADO DE LAS ORQUESTAS SINFONICAS DE VENEZUELA

CARLOS DIAZ SOSA

La creación de nuevas orquestas en Venezuela, ha incluido Londres en el itinerario internacional, de quienes deben viajar al exterior a buscar ejecutantes para integrar a tales agrupaciones.

Durante muchos años, tal vez demasiados, la Orquesta Sinfónica Venezuela fue la única agrupación alrededor de la cual giró toda la gran actividad musical del país. Hasta que con el boom del petróleo comenzaron a crearse orquestas, no solamente en Caracas, sino también en otras ciudades. De un centralismo forzado se pasó a una multiplicación de las posibilidades musicales, lo que sería una manifestación evidente de desarrollo cultural del país. Estos agentes que frecuentemente visitan Nueva York, San Francisco, Londres, París, Roma y que llegan hasta Jerusalén en su insólito recorrido, andan buscando profesionales para integrar estas nuevas agrupaciones. Pero sucede que tan pronto estas orquestas han sido integradas, nuevamente tienen que salir para hacer el mismo recorrido, porque los ejecutantes, de la misma manera como llegan, así podrían irse. Esto es interesante de analizar, para llegar a la cabal conclusión de por qué habiendo tantas orquestas juveniles, como las que se han ido creando en Venezuela, al mismo tiempo hay que ir a buscar al exterior toda la gama de ejecutantes que necesita una orquesta sinfónica. Porque al calor de las posibilidades económicas del país, las que se han ido integrando, son orquestas sinfónicas, y de ningún otro tipo más.

Pensando que todo proceso cultural debe ser sometido a una severa crítica, el nacimiento coincidental de todas estas orquestas debería ser examinado, para llegar a controlar la realidad de un país donde solamente se producen directores de orquestas por una parte, y jóvenes para integrar las orquestas juveniles. Dentro de todo ese proceso quedan por ser examinados con ese espíritu crítico que se propone, la situación de las Escuelas de Música que hay en el país, y la propia necesidad de salir al extranjero a contratar músicos.

Nadie con buen juicio podría oponerse a la creación de orquestas sinfónicas o de cualquier tipo, a través de toda Venezuela. Pero sabiendo que la actividad musical venezolana data de la época de la colonia, y que la Orquesta Sinfónica de Venezuela fue fundada hace más de cincuenta años por esa personalidad extraordinaria que fue el maestro Sojo, no deja de provocar cuando menos curiosidad, esa romería de agentes que van a Europa y Estados Unidos a contratar instrumentistas. Resulta alarmante comprobar la existencia de núcleos orquestales en Venezuela, especialmente en los de más reciente formación, integrados totalmente por extranjeros. La pregunta es la siguiente ¿qué han estado formando esas Escuelas de Música, de Caracas y de algunas ciudades de provincia, en el tiempo que tienen existiendo? Cabría preguntar también, si las orquestas sinfónicas que existen ahora en Venezuela, podrían tomarse como una manifestación lógica del desarrollo cultural del país, o se deben a la explosión petrolera que nos ha situado más allá de nuestra propia realidad. Con la música podría estar ocurriendo lo mismo que sucede con otras necesidades de la vida venezolana, que las debemos cubrir adquiriéndolas en el exterior. La OSV se creó trayendo músicos de Italia. Cincuenta años más tarde, el procedimiento sigue siendo el mismo.

En abril de 1978 me llamó el entonces embajador de Venezuela en Londres, para ver si podía colaborar con la responsabilidad que le había asignado la Cancillería, de facilitar todo lo que necesitaba un grupo de personalidades que vendría a Inglaterra para seleccionar músicos que se necesitaban para crear una nueva orquesta. La misión comenzaría en Estados Unidos que incluía además de Nueva York, otras ciudades— continuando su recorrido por varias capitales europeas. Yo quería vivir esa experiencia y le dije al doctor Juan Manuel Sucre Trías que tomaría bajo mi responsabilidad todo lo que en aquellos papeles se especificaba debería estar listo para cuando llegasen a Londres estas "personalidades". De las cuatro personas anunciadas, dos solamente llegaron a Londres, y del aviso a página completa de los periódicos dominicales que las instrucciones se pedía, se ordenaron avisos de dos columnas y diez centímetros.

Se buscaban músicos de primera calidad, en un lenguaje poco usual al que se lee en los avisos que publica la prensa británica, solicitando instrumentistas, de parte de otras organizaciones. Casi cincuenta candidatos se presentaron a llenar las planillas y durante tres días se estuvieron haciendo audiciones. Generalmente eran jóvenes los que asistieron a esa convocatoria. Me llamó mucho la atención la forma poco cortés como se les trataba. Finalmente no sé cuántos de ellos fueron contratados, pero más alarmado quedé cuando inmediatamente después la misma gente volvió por Londres, con igual propósito de contratar instrumentistas para su orquesta. Yo estuve de por medio la primera vez, pero prometo que más nunca asumiré tal responsabilidad.

La verdad es que estos agentes habían sido precedidos por otros solicitadores de instrumentistas, y que la situación se ha prolongado hasta el presente. Y se ha prolongado hasta el presente por dos razones específicas. Una, que la generalidad de los contratados tanto en Estados Unidos como en Europa, han decidido regresar denunciando ante sus respectivas organizaciones sindicales el supuesto maltrato de que han sido objeto, el incumplimiento de las obligaciones económicas, y en casos más extremos, la presión para que actuaran en actividades de discutido nivel artístico. La queja llegó hasta la poderosa central sindical de Estados Unidos, y también a la Música Unión de la Gran Bretaña. Y por otra parte, los agentes en procura de instrumentistas continúan circulando por las principales capitales del mundo, porque nuevas orquestas se programan, lo que me sigue pareciendo interesante, pero señalando que es necesario averiguar qué es de nuestras Escuelas de Música, preguntando por qué parte de ese potencial económico invertido en el sostenimiento de las orquestas existentes, y en la creación de las que se están programando, no se dedica a crear verdaderos conservatorios. No es posible pasarse toda la vida confiando en que siendo Venezuela un país rico, podemos buscarnos en el exterior todo lo que necesitamos. No solamente maquinarias y tecnología, sino también cultura.

En países como la Gran Bretaña, por ejemplo, que es lo que más conozco, además de Venezuela, las orquestas sinfónicas son empresas, porque en ninguna parte, se trate de Estados Unidos, de Alemania Federal o del Japón, el Estado es lo suficientemente rico para cubrir el presupuesto de ninguna agrupación artística. Con la excepción de los países socialistas, donde el Estado es dueño de todo y de todo el mundo . . .

En la Gran Bretaña existe un organismo, dependiente del Arts Council, encargado de administrar un fondo que se reparte entre las organizaciones orquestales. La Filarmónica de Londres, la Orquesta Sinfónica de Londres, o la London Sinfonieta, por ejemplo, cada una de estas organizaciones recibe un determinado aporte económico, lo demás se lo provee con lo que recauda por concepto de entrada de sus conciertos, la grabación de discos, sus programas de radio y TV, y cuanto otro medio o posibilidad exista para completar sus costos. Es más, estas organizaciones existen como empresas y su actividad no solamente está orientada a cubrir los costos, sino también a producir utilidades. De esa manera, la orquesta totalmente pagada por el Estado, en estos países de tradición cultural seria, no existe.

En cuanto a quiénes son sus integrantes, la situación es interesante porque son profesionales que provienen de las grandes Escuelas de Música, de las Universidades, donde se forman bajo la más estricta disciplina.

Siempre he dicho que el caso de Venezuela es muy singular, porque de la economía gubernamental proviene el elevado costo de sus nuevas y gloriosas orquestas sinfónicas, y también paga sus orquestas juveniles. No es que nadie se oponga a la existencia de estas organizaciones, lo que estaría por discutirse en su singular origen. Las primeras formadas con músicos contratados en el extranjero, y las juveniles, con jóvenes que generalmente no están en ninguna Escuela de Música. Si de los países adelantados debemos tomar orientaciones, entonces cabría decir que las

llamadas orquestas juveniles europeas, y en el caso particular de la Gran Bretaña, están formadas con estudiantes de las Escuelas de Música. No tendría sentido una Escuela de Música sin orquesta.

En Venezuela se crean orquestas juveniles y se mantiene a las Escuelas de Música dentro del más bajo subdesarrollo tercermundista. Todo estudiante de música debe tener dominio de un instrumento, cuando menos, además de saber piano complementario, que es obligación para todo el mundo. Con ese instrumento se incorpora a las organizaciones orquestales de su Escuela, o Universidad. Por eso alguna vez hemos dicho que las numerosísimas orquestas juveniles que hay en la Gran Bretaña —tal vez cientos de orquestas verdaderamente juveniles, porque sus integrantes no pasan de 22 años— poco o nada le cuestan al Gobierno.

Cuando el joven concluye sus estudios académicos, podrá continuar hacia otros objetivos, si es que su talento se lo permite. En todo caso, estará listo para integrarse a cualquier agrupación orquestal. Su entrenamiento orquestal durante el tiempo de sus estudios, le permiten la base necesaria para iniciar su carrera profesional.

La Orquesta Sinfónica de París creó una orquesta juvenil, con un propósito muy definido: entrenar con el más estricto sentido profesional a quienes van a suceder a sus actuales integrantes. Esta orquesta ha venido a Londres, dirigida por Daniel Barenboim, quien es su director titular.

¿De dónde provenían estos jóvenes? La orquesta convocó a los interesados, que alcanzaron a más de cinco mil aspirantes, para una audición con el propósito de reunir los jóvenes con el nivel que ellos deseaban, y con la disposición a ser instrumentistas profesionales. Esto es un acto lógico.

No es confiable un movimiento musical, incluyendo en su primer nivel a las llamadas orquestas juveniles, y después a las orquestas sinfónicas profesionales, en un país como Venezuela, donde sus Escuelas de Música son centros subdesarrollados, que utilizan programas atrasados, generalmente sin las exigencias de la perspectiva nacional. ¿No es lamentablemente cierto, que la generalidad de quienes aspiran a ser designados directores de las Escuelas de Música existentes en el país, son los que trabajan por su jubilación?

Fue en Londres donde escuché el recuento de la mala suerte de un joven y talentoso violinista que fue contratado por alguna de esas nuevas orquestas sinfónicas que han surgido asistida por el poderoso respaldo de los petrodólares. Cuando el violinista, su mujer y su hijo llegaron a Maiquetía, nadie los estaba esperando, pero el "contratado" como se le hace llamar en el documento, tomó un taxi y llegó en Caracas al hotel que en Sabana Grande alguien piadoso llegó a recomendarle. El violinista hurgó en sus bolsillo hasta encontrar su libreta de teléfono, y marcó el número de su contratante, y así estuvo tres días, hasta que por fin lo encontró. Cuando al otro lado escuchó la voz de su contratante, el contratado le relató los inconvenientes que había tenido durante su llegada, y todo el tiempo que llevaba tratando de localizarlo. Cuando terminó de contar los detalles de su breve y accidentada estada venezolana, el contratante se rió y le respondió en términos jactanciosos que había tenido suerte en encontrarle en sólo tres días de búsqueda telefónica, porque —lo dijo sentencioso— él era "mucho más difícil de conseguir".

El contratado colgó el teléfono, bajó a la recepción del hotel y preguntó cuándo salía el próximo vuelo hacia Londres, y por aquí anda contando esta repugnante historia.

En Londres y Nueva York he escuchado algunas otras historias, y probablemente se podría escribir un libro de naturaleza escandalosa, que recoja estas referencias al tratamiento de instrumentistas de parte de sus contratantes en el país del petróleo. Y cabe preguntar cuánto gasta el Estado venezolano, y hasta se podría comparar con lo que gastan la Gran Bretaña, Alemania Federal y Francia, en actividades musicales a todos los niveles, y cuáles son los resultados. ¿Saben quiénes dan el dinero, cuántas personas asisten por concierto, atraídos por este boom musical de última hora? Si alguna vez lo sabe el Gobierno, y lo divide entre esa noble y generosa audiencia, se comprobará que cada silla se paga a precio de oro. ¿Pero vale la pena investigarlo?